

LA MALDICIÓN
DE LA BRUJA GONZÁLEZ

UNA
NOVELA

Planeta
Junior

Capítulo 1

Los Ratones

Esa mañana, Tulio Triviño se levantó con la extraña sensación de que se le había olvidado algo. Pero ¿qué podía ser? El famoso conductor de noticias no tenía ni idea. No podía ser algo relacionado con su mansión, porque su ejército de criados se encargaba de absolutamente todo, bajo las estrictas órdenes de su anciana mamita. Tampoco podía ser algo sobre su anciana mamita,





porque ella seguía las estrictas órdenes de su enfermera. Y la enfermera se mandaba sola.

Camino al canal, al volante de su lujoso Mercedes Benz, Tulio descartó también haber olvidado algo del noticiero: su fiel productor, Juanín Juan Harry, se hacía cargo de absolutamente todo y un poco más. Tulio se enteraba de las noticias solo una fracción de segundo antes de leerlas al aire.

Tampoco se le había escapado de la memoria que él era el integrante más importante de *31 Minutos* y quizá del mundo entero... ¿Quién podría olvidar esa verdad esencial?

Pero aquella sensación de olvido seguía porfiando en su cabeza. Tulio pensaba y pensaba qué podía ser, sin notar las calles de Titirilquén casi vacías, el terrible frío matutino o los

soñolientos escolares llegando a sus recintos educativos, ¡pistas claras de lo que se le había olvidado!

Tulio estacionó su auto en su exclusivo estacionamiento y se dirigió al estudio de *31 Minutos*. Al avanzar por los pasillos, los guardias y aseadores lo miraron con gran asombro. Si Tulio los hubiera tomado en cuenta en vez de ignorarlos, como siempre, quizá hubiera adivinado lo que se le había olvidado.

De pronto, un feo ruido distrajo sus pensamientos. Provenía del mismísimo set. Intrigado, Tulio redujo su velocidad y, de puntillas, se asomó para ver quién provocaba aquella bulla.

Las notas de una balada llenaban el aire. Juan Carlos Bodoque, el conejo rojo y periodista estrella, en la guitarra; Mario Hugo, el chihuahua





reportero en el teclado, y Juanín en el bajo, tocaban dando todo de sí... hasta que Tulio entró, interrumpiendo la interpretación de golpe.

–Tulio, ¿por qué llegaste tan temprano?

–preguntó Juanín, muy nervioso.

En ese instante, al fin Tulio pudo responderse a sí mismo la interrogante que lo consumía desde que despertó:

–Pero claro, ¡se me olvidó atrasarme!



En todos sus años en las noticias, era la primera vez que no llegaba tarde. Luego de jurarse a sí mismo nunca más cometer semejante sacrilegio, Tulio formuló la nueva pregunta que ahora consumía sus pensamientos:

–¿Y ustedes qué están haciendo tan temprano con esos instrumentos?

–Adivina –dijo Bodoque, sin ganas de confesarle la verdad. El conejo era su mejor amigo, pero lo disimulaba bastante.

–¿Tienen una banda musical y no me invitaron?

–¡Adivinaste! –confirmó Bodoque–. Ahora, con tu permiso, estamos ensayando. ¡Una vez más, «Ratones»!

Y sin más preámbulos, regresaron a su trance musical.





Tulio se sintió traicionado. ¡Ya era suficientemente indignante que sus «amigos» ensayaran en secreto por las madrugadas sabiendo que él jamás madrugaría! Pero lo que realmente lo enfureció fue el nombre de la banda. Originalmente, Los Ratones había sido un power dúo: Bodoque en la guitarra y Tulio en la batería. Con esa gloriosa alineación, se habían presentado años atrás en la célebre competencia la Batalla de las Bandas, donde Tulio ganó el premio especial al peor baterista del siglo.

Tulio interrumpió el ensayo de nuevo. Insistía en que, por haber obtenido el único premio de toda la historia de Los Ratones, tenía el derecho a reincorporarse al grupo.

Pero los nuevos Ratones ya habían hecho otros planes. Como esta vez querían ganar la Batalla de las Bandas, y no premiecitos de consuelo, habían conseguido a un nuevo baterista. Justo en ese momento este entró corriendo y, disculpándose por el retraso, se instaló en la batería. Tulio no podía creerlo. Era nada menos que el Tío Pelado, el rufián malacatoso más maligno del maligno mundo criminal titirilquense.

–¿Mi reemplazo es el Tío Pelado? ¡Pero si es un hombre muy malo! –alegó Tulio.

–¡Pero un baterista muy bueno! –gritaron al mismo tiempo sus amigos, mientras el pillo calvo ya esgrimía sus palillos.

Sin embargo, lo que sonó en seguida no fue la batería, ¡sino la sirena de una patrulla policial!
¡TATUTATUTATUTATUUU!





Varios agentes del orden entraron corriendo al estudio y rodearon al baterista antes de que pudiera escabullirse.

–Tío Pelado, ¡queda detenido por su actividad criminal! –sentenció un policía.

–¿Criminal, yoooo? –preguntó el Tío Pelado fingiendo asombro–. Mi abogado demostrará claramente que no soy un criminal... ¿Dónde está mi abogado?

–Usted lo mató –le recordó el oficial.

–¡Oh, es verdad! –dijo el Tío Pelado, recuperando repentinamente la memoria.

Y, sin decir más, la policía se lo llevó detenido... junto con su batería, que quedó requisada como «prueba».

–¡Muchachos, ya tenemos batería para nuestra banda! –comentó un oficial, mientras subían

entre risotadas a la patrulla-. ¡Nuestro grupo
ganará la Batalla de las Bandas de este año!

¡¡¡TATUTATUTATUTATUUUUUU!!!

Sin baterista, el ánimo de Los Ratones decayó rápidamente. El sueño de ganar la competencia, de pronto, parecía más lejano que nunca.

Solo Tulio sonrió, viendo en esa tragedia una oportunidad. Su mañosa teoría personal era que, si la amistad no se lograba por amistosas razones, siempre se podría comprar. Tras hacer una llamada, una encomienda llegó con urgencia al canal. Haciéndose el interesante, abrió el paquete delante de todos: ¡había ordenado una batería último modelo, con bordes cromados, radio y linterna! Y estaba dispuesto a prestársela a Los Ratones.

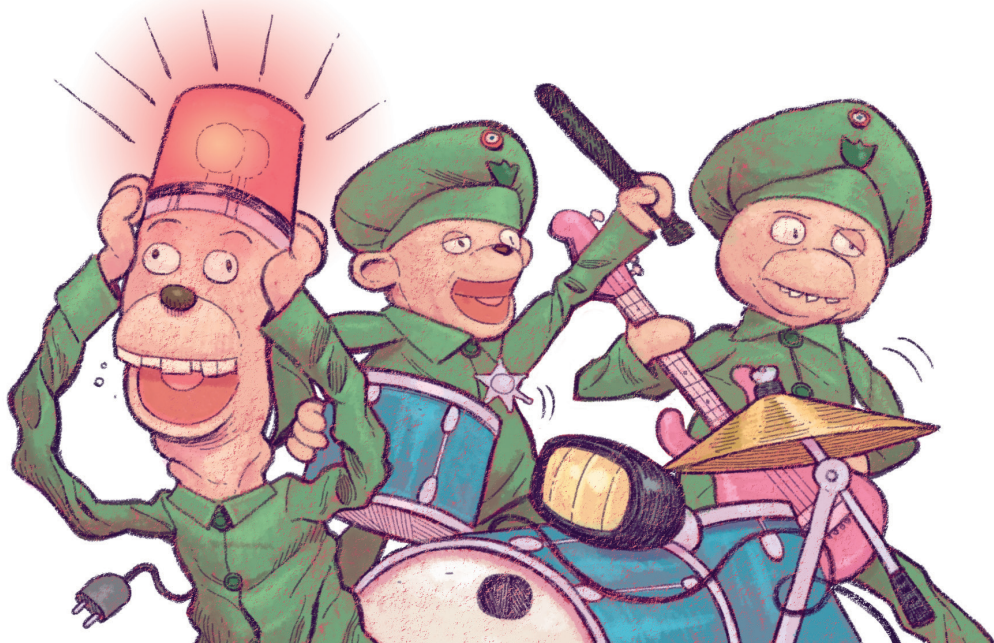




—¡¡¡VIVA!!! —gritaron al unísono Bodoque, Juanín y Mario Hugo casi sin poder creerlo. El generoso préstamo de Tulio les devolvió el alma al cuerpo, los llenó de energía, les hizo ver la vida en color rosa... hasta que el conductor aclaró que la batería solo se prestaba con baterista, es decir: él mismo.

¡Cueck!

Con Tulio, el sueño de ganar el concurso parecía aún más lejano que sin batería. Pero no les quedó más que aceptar y confiar en que



al conductor le cayera un rayo en la cabeza, y comenzara a tocar bien por accidente.

Tulio, por su parte, estaba radiante. Su nefasta teoría de la amistad se hacía realidad. ¡El pobre ni sospechaba que los graves sucesos que estaban a punto de suceder le mostrarían el real valor de la amistad! Pero no nos adelantemos. Por ahora, agarró los palillos y se dispuso a golpear bombos estrepitosamente. No alcanzó a rozar un platillo cuando...

¡TATUTATUTATUTUUU!

La sirena de la patrulla policial sonó de nuevo. Esta vez, los oficiales ordenaron a nuestros amigos cesar de inmediato sus ruidos molestos y, acto seguido, requisaron todos los instrumentos de la banda para asegurarse de que ya no pudieran incomodar a los vecinos. Una vez más,





la alegre voz de un oficial se oyó a la distancia
mientras se retiraban:

–¡Compañeros policías, tenemos instrumentos
nuevos! ¡A ganar la Batalla de las Bandas!

–¡Ehh!! –respondió un coro festivo desde
la patrulla, para angustia de Los Ratones.

¡TATUTATUTATUTATUUU!

